

EL MOMENTO DE LA VERDAD y ③

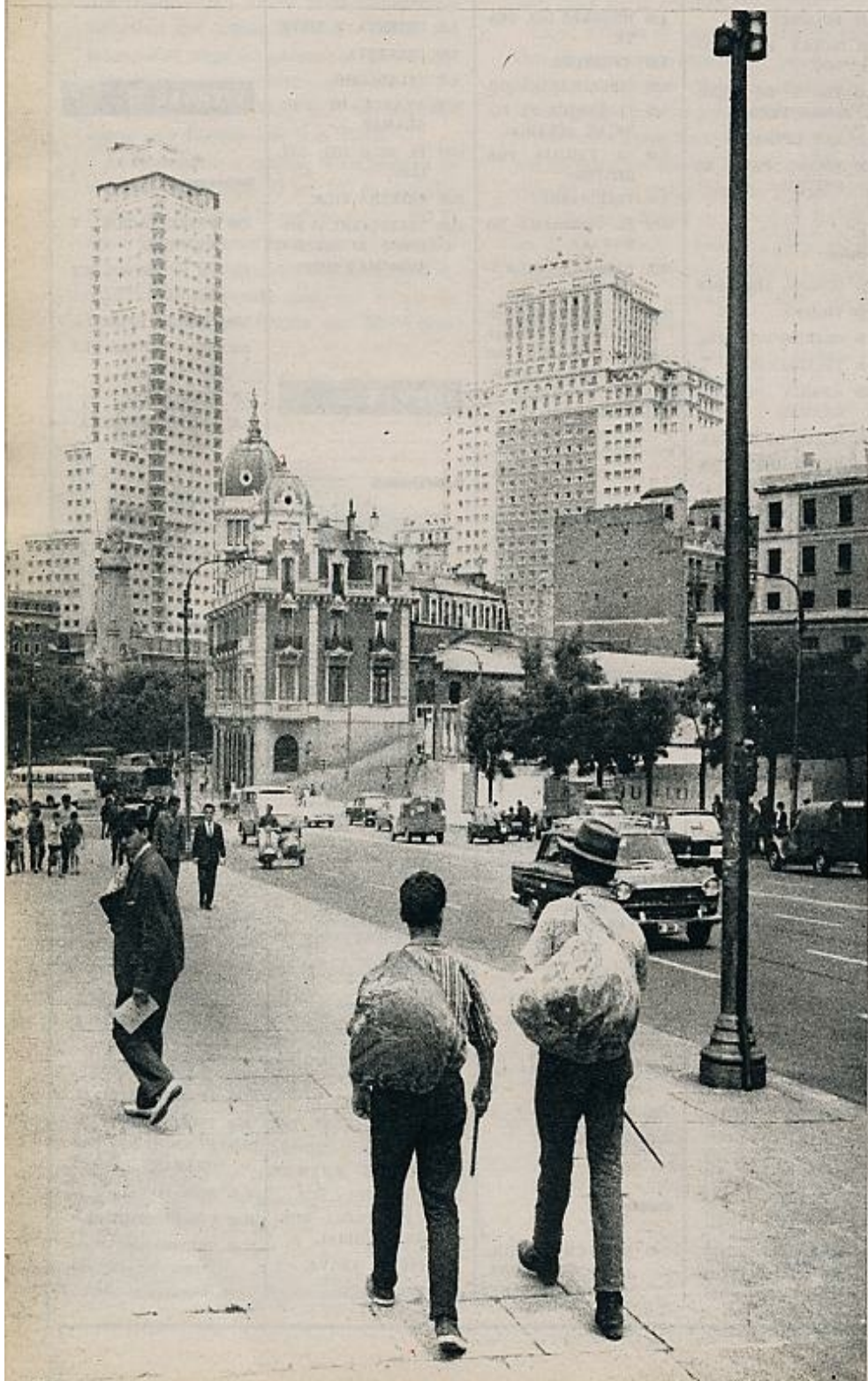
LOS TOROS:

UN SEÑUELO



Cada año, al entrar el verano, llegan a Madrid, ar

CINCO mil aspirantes —cifra aproximada, que varía cada día— figuran inscritos en el Sindicato del Espectáculo, en el Sector Taurino. Cinco mil muchachos, generalmente muy jóvenes, que han decidido, contra viento y marea, dedicarse a los toros. Todos piensan que, en un plazo más o menos breve, se convertirán en «figuras». Que apalearán los millones y se codearán con «lo mejor». En el fondo, para ellos el dedicarse a los toros no es sino la única salida que se les ocurre para librarse de la condición económica que han vivido y de la que han adquirido conciencia en edad muy temprana. El



BRANDY VETERANO OSBORNE
VIEJO

Coca-Cola refresca mejor



nados de sus trastos, los maletillas que, después de haberse fogueado por plazas y tentaderos, intentan dar el salto definitivo a través de la ya popular «oportunidad».

señuelo del triunfo va aparejado con el del dinero y la ascensión social. Y, faltos en su mayoría de una formación cultural sólida, de una preparación de tipo técnico, los toros, con todo el mito que les rodea, se les plantean como el único camino. Camino en el que, lógicamente, se quedará la mayoría de ellos. Y en cuyo final para unos pocos estará el logro de sus ambiciones y para los demás, con el fracaso, la tragedia y una vida de desarraigo.

La mayoría de los muchachos que empiezan aseguran muy serios que se han dado un plazo para salir adelante, transcurrido el cual, si no lo han conseguido, abandonarán definitivamente

el mundo taurino. Algunos lo llevan a efecto. Otros se van arrastrando, con chanchullos y trampas, por el submundo de los fracasados. El resentimiento se apodera de ellos. E incluso los que son capaces de integrarse en la sociedad —generalmente en puestos que no requieren especialización de ningún tipo y con retribuciones mínimas— llevarán toda su vida la carga de su desilusión.

En un país como el nuestro, en el que tan difícil resulta todavía el acceso a una dignidad profesional en cualquiera de los trabajos posibles, el torero sigue siendo la imagen típica del triunfador, del hombre que, salido de la nada, ha lle-

gado al escalón más alto. La sociedad establecida se encarga de fomentar esta creencia. Y el que ha triunfado en los ruedos es «recibido» por aquellos que tienen en sus manos el poder económico. Se trata, en suma, de una versión «a la española» del vendedor de periódicos neoyorquino que llega a presidente de un consejo de administración. Cualquiera puede, según este «typical spanish way of life», escalar la cima del escalafón social. Los que no lo logran son seres anónimos, sin rostro, a los que uno no se encuentra en su círculo y que, por tanto, no constituyen motivo de perturbación. Y los que están en la brecha, intentándolo, dentro de un **SIGUE**

LOS TOROS

mismo anonimato y una misma informalidad, sirven de sustento, previa sublimación de sus condiciones de vida, a una leyenda que, en el fondo, no es sino un modo cómodo —en la mayoría de las ocasiones— de comprarse una buena conciencia.

la vocación

La vocación, el entusiasmo, existen, sí, en un gran porcentaje de los muchachos que empiezan. Pero no existen como algo marginal, metafísico. Muchas veces ellos mismos serían incapaces de decidir qué vino antes, si el deseo de escapar a unas condiciones de vida o el *ser toreros*. E, incluso cuando logran separar ambas cosas, sólo es

en un terreno cronológico, ya que, en términos generales, son indisolubles y, caso de primar una sobre otra, sería difícil saber si, en el fondo, no se llevaría el gato al agua el afán de dinero. De hecho, y aunque luego maticen su afirmación, no es extraño ni constituye un caso aislado la respuesta de quien, interrogado sobre las razones que le inducen a intentar ser torero, responden sin dudar y simplemente que lo hacen para ganar dinero.

Y por este afán de ganar dinero —mezclado íntimamente a las ganas de torrear— muchos muchachos arruinan su vida. El mito llega a apoderarse de quienes más razones tendrían para desconfiar de él, y una vez que el engranaje se pone en marcha ya es difícil salirse de él. Se aguantan los trapicheos económicos, pensados que es la «última vez» a cada una de ellas. Se soportan humillaciones. Pero se sigue adelante. La pica-

resca que, cuando se llega al estadio industrial, desaparece o al menos adquiere una apariencia de respetabilidad, se manifiesta aquí en todo su esplendor. Con el cebo de que un éxito en tal o cual plaza de un pueblo perdido, en la que estará presente un «señor muy importante y con muchas relaciones», puede proporcionar el salto a la novillada con caballos se logra que el muchacho toree «pagándose los gastos», eufemismo con el que se quiere expresar que habrá de dar una cantidad por salir al ruedo, o a la plaza de carros. El que dispone de algún dinero lo quema en estas tentativas que generalmente no dan resultado alguno. Y el que no lo tiene recurre muchas veces a cualquier procedimiento para procurárselo o, lo que viene a ser lo mismo, para conseguirse un «protector» que le asegure el número de becerradas preciso para poder pasar a la novillada con picadores.

Al margen de este subproletariado queda una pequeña proporción de «privilegiados», generalmente con antecedentes taurinos en la familia, que logran mantenerse a la espera el tiempo necesario para cubrir el número de novilladas sin caballos reglamentario. Son, por lo general, muchachos de origen modesto, que, después de discusiones familiares, palizas y escapadas, convencen a los suyos de que la cosa va en serio y, a condición de garantizarles un comportamiento correcto y un entrenamiento serio, se ven conceder un plazo para lograr sus aspiraciones... Pero, frente a ellos, está el ingente batallón de los «maletillas» clásicos, de los del hatillo al hombro, escapados de casa, sin un duro en el bolsillo ni un techo bajo el que guarecerse, sin fuerzas físicas —faltos del alimento necesario— para practicar un entrenamiento serio. De entre éstos, muchos se queman, se malcan, acaban de cualquier manera. No trabajan, esperando poder entrenarse, y no se entrenan, esperando poder comer. Son los que si no terminan por abandonar, torear las vacas por la noche, con el subsiguiente peligro para quienes vengan detrás y para ellos mismos. O los que, en un momento de desesperación —o de berrinche— se lanzan al ruedo como espontáneos, a pesar de la multa y de la prohibición de ponerse delante de un toro durante dos años que ello entraña. Y, sin embargo, es a ellos a los que se exalta, a los que se rodea de un nimbo de romanticismo del que son las primeras víctimas. En vez de poner las cosas en su sitio, de denunciar un estado de cosas del que son víctimas propiciatorias, se teje toda una leyenda a su alrededor. Claro que también hay que decir que el problema no se reduce a su vertiente «psicológica» y que lo que podría ofrecérseles a cambio no es susceptible de compensar lo que ellos creen poder alcanzar por el camino que se han trazado.

la oportunidad

En este estado de cosas se ha producido el fenómeno de la hoy popular «Oportunidad». El verano pasado la Plaza de Vista Alegre organizó una serie de festejos en los que aspirantes a toreros se enfrentaban a un becerro en corridas nocturnas. La cosa tuvo éxito. La plaza se llenaba, debido, en parte, a la baratura de las localidades y al calor del verano madrileño, que hacía que resultase más agradable el pasar la velada del síbado al aire libre que encerrado en una sala de espectáculos. Y lo que empezó siendo algo pintoresco se convirtió pronto en una especie de institución. Este año, en la segunda **SIGUE**



Dos aspectos de un grupo social muchas veces mitificado por la leyenda: arriba, la imagen típica de los aspirantes a toreros sociando el hambre, ésa que da más cornadas que los toros... A la derecha, el entrenamiento diario en la Casa de Campo, al que deben someterse desde los que llegan a los que están arriba.




LOS TOROS

edición, la televisión se ha unido a los organizadores, la empresa de la plaza y un popular diario de la tarde. Y la repercusión ha aumentado. Indudablemente, es positivo todo lo que contribuya a corregir el estado de cosas que, hoy por hoy, es el del mundo de los que empiezan. Los muchachos que actúan en la «Oportunidad» se evitan las vejaciones a que da lugar la lucha por salir adelante en una plaza de último orden. Reciben una pequeña retribución y tienen cuadrilla y traje asegurados. Y les ven en Madrid. De entre los centenares que llegan a la capital de España sólo unos pocos salen al ruedo. Una selección previa, una prueba con vaquillas sirve para desengañar a los demás. Y los que salen, si están bien, son «repetidos». Los mejores de entre ellos consiguen actuar con caballos. Y el novillero puntero en este momento, Sebastián Palomo «Linares» —treinta y nueve corridas y noventa y dos orejas en lo que va de temporada— ha salido de la «Oportunidad». Como Antonio Montes, «Jeringuero», o Martín Boto, debutantes en el primer festejo de la segunda edición y que después han actuado con caballos. Otros se han vuelto a sus casas, antes o después de salir a la arena. Hasta aquí todo va bien. Si, de verdad, se tuviera la garantía de que se trataba de una especie de examen, de cuyos resultados dependieran el futuro de los examinados, sería incluso perfecto.

Pero los problemas no terminan aquí. Por el contrario, aquí empiezan. Materialmente, es imposible que todos los seleccionados lleguen a actuar. Y los no seleccionados no siempre se convencerán de que deben dedicarse a otra cosa, especialmente si llevan ya un historial de «maletillas» a las espaldas. Por otra parte, el seleccionado que estuvo mal a la hora de la verdad se convencerá difícilmente de que su fallo no se debió simplemente a la mala suerte. Y el que recibió una vez una ovación de un público benévolo o bromista tendrá la seguridad absoluta de que está hecho de la madera de los ídolos. Casos como el de «Platanito», una figura popularísima entre los habituales a la plaza de Carabanchel, pueden ser sintomáticos del estado de cosas a que se puede llegar. Cualquiera de sus actuaciones es acogida con una simpatía entereverada de chufia. Y aquí está el peligro. En el querer sobresalir a toda costa, llamar la atención, hacerse un nombre por encima de todo. La emulación puede llegar a extremos más que discutibles, y el revuelto panorama del toreo profesional ayuda a que en los muchachos se cree una confusión de la que, posiblemente, les resulte difícil liberarse.

la contradicción

Por otra parte, si bien el hecho de la retransmisión por TV supone que en una sola actuación el torero independiente puede hacerse conocido en toda España, también implica el que el señuelo adquiere caracteres tales que la llamada a los toros como eventual solución azarosa de una vida sin horizontes se hace aún mayor de lo que hasta ahora había sido y el número de los que intenten probar suerte se multiplica, con sus correspondientes secuelas. Dominguín, en unas recientes declaraciones, planteaba el problema en el sentido de que, para paliar esto, habría **SIGUE**



El nombre de Blas Romero, «Platanito», se ha hecho popular entre los habituales de las nocturnas de la plaza carabanchelera, a cuyo ruedo ha salido repetidas veces, dentro del marco de la «oportunidad».



Arriba, el tradicional desfile de los maletillas «apuntados» para salir, una vez superado el «examen», a matar su primer toro. Un «transferto» de solidaridad se vuelca sobre ellos. Abajo, el paseillo de los muchachos que empiezan. El segundo por la izquierda es «Jeringuero», que ya ha toreado su primera novillada.





En el graderío de Vista Alegre, los muchachos que esperan su oportunidad se apiñan, después de haber desfilado por el ruedo, para seguir la actuación de sus compañeros.

que intentar una solución sobre la base de exigir a los muchachos que «se apuntan» un certificado de trabajo, a fin de evitar el peso de «golfería» que, en caso contrario, indudablemente y casi de modo inevitable se va creando en este estrato social. Ahora bien, la contradicción surge a la hora de llevar a la práctica esta exigencia. De un lado, si los muchachos deben trabajar en otra cosa simplemente porque se les exige este requisito, ni se tomarán interés por un trabajo que consideran únicamente un trampolín ni podrán llevar a cabo el duro y permanente entrenamiento que es preciso practicar durante todo el tiempo que se permanece en el oficio, desde que se empieza hasta que se abandona. Y, por otra parte, no es arriesgado suponer que, una vez cubierto el expediente, y de no producirse el triunfo fulminante —caso excesivamente raro— después de la actuación las cosas volverán a ser como siempre, con la vuelta a las capeas, al hambre y lo que venga...

Ne obstante, el espectáculo de la «Oportunidad» es indicativo de muchas cosas. Y sirve para calificar muchas actitudes. En primer lugar, se produce en él una especie de «transfert» de un sentimiento contenido de solidaridad, traducido por la vía sentimental, y que se mueve desde los tendidos al ruedo. El desfile previo de los «apuntados» tras los toreros y las cuadrillas predispone los ánimos a favor. La salida en tromba de los que no van a actuar, en dirección al graderío, sigue caldeando la atmósfera. Y, muchas veces, esta predisposición favorable de un público heterogéneo que se vuelca con los muchachos es más perjudicial que beneficiosa para ellos. Si luego llega el momento de la desilusión les será más difícil asumir la realidad. Realidad en la que, con todas sus contradicciones, deberán inscribirse y para huir de la cual no volverá a ofrecérseles otra válvula de escape como la que, para una gran mayoría, constituye el intento de los toros.

Junto a los problemas del acceso a la profesión y de la práctica del oficio, junto a los de orden económico que los condicionan y a otros de carácter superestructural que dan a los toros la especialísima dimensión que les hace ocupar un lugar aparte en el conjunto de la vida nacional, están otros que ni siquiera han sido apuntados en esta serie de reportajes que, como se advertía al principio, no pretende ser sino una aproximación, desde fuera, a un tema lleno de sugerencias. El mundo de las ganaderías, de las industrias parataurinas, son igualmente dignos de un trabajo sobre ellos. Frente a las actitudes de aceptación total, en función casi siempre de un fácil «viva Cartagena», y a las opuestas e igualmente fáciles del ataque sistemático como reacción, parece imponerse otra de reconsideración de una realidad a través de las que se expresan las contradicciones no ya sólo de un mundo tan específico como es el del espectáculo sino, en gran parte, de toda una concepción del mundo y de un determinado planteamiento de la sociedad. Llegar al fondo de la cuestión, sin caer en esquematismos, es algo tremendamente complicado. Y creo que sólo a través de una colaboración de los lectores y de los conocedores de este mundo desde dentro se puede intentar profundizar en tan apasionante problema.

CESAR SANTOS FONTENLA
Fotos **SANCHEZ MARTINEZ**

FIN

LOS TOROS



Los que empiezan ponen toda la carne en el asador. Se juegan mucho a una sola carta. Todo un esquema de cambio de vida puede venirse abajo para ellos en una sola actuación. Y los revolcones están a la orden del día. Revolcones que, aunque los bichos sean pequeños, pueden fácilmente conducir a la enfermería.

